



Empar

Pineda Erdozia

Porque se lo pidió el cuerpo

Kattalin Miner

EDITA:
Ayuntamiento de Hernani / Área de Igualdad

AUTORA:
Kattalin Miner

TRADUCCIÓN:
Danele Sarriugarte Mochales

DISEÑO Y MAQUETACIÓN :
Asteazkenak (Jon Aranguren y Maddi Zumalabe)

ILUSTRACIONES:
Asteazkenak (Jon Aranguren y Maddi Zumalabe)

IMPRESIÓN:
Antza Komunikazio Grafikoa

ISBN: 978-84-122188-1-7
Depósito Legal: D 00991-2020

Octubre 2020

Empar

Pineda Erdozia

Porque se lo pidió el cuerpo

Kattalin Miner

En el Consejo de Igualdad llevamos años trabajando en la recuperación de la memoria histórica, concretamente para recoger, trabajar y poner a disposición de la ciudadanía la historia en torno a las mujeres de Hernani. A menudo, en la historia oficial nos han invisibilizado, pero sabemos que han sido mujeres que han hecho muchas aportaciones en diferentes ámbitos. Una de ellas es precisamente Empar Pineda Erdozia. Esta publicación nos ofrece una oportunidad inmejorable para profundizar en la vida de Empar, para conocer su trayectoria vital y las luchas llevadas a cabo.

Es imprescindible conocer a las mujeres de nuestro entorno y sus aportaciones y transmitirlas a las nuevas generaciones, es decir, sacar a la luz a las mujeres que la historia ha silenciado.

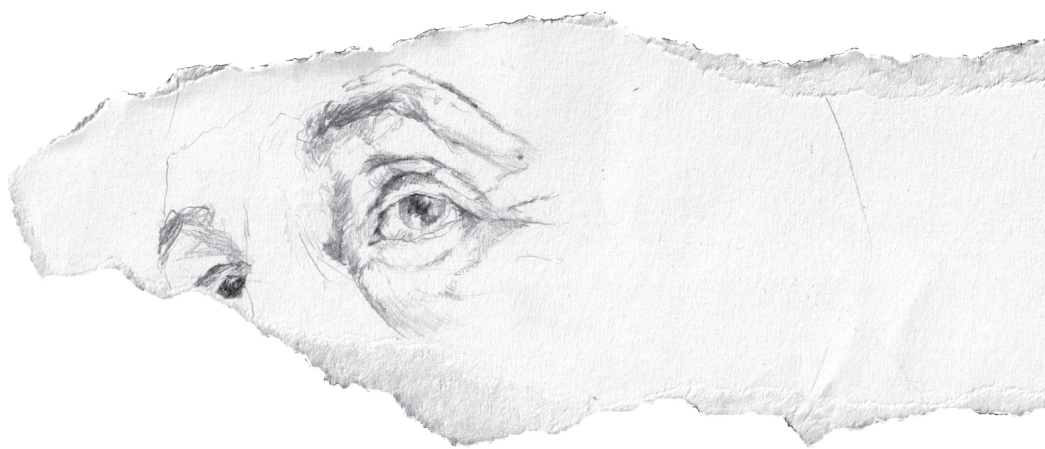
Berdintasun Kontseilua

Índice

EMPAR PINEDA ERDOZIA

Porque se lo pidió el cuerpo

PRÓLOGO	9
Del matadero	11
Salseando en Madrid	15
Nada de arrepentimientos	19
Quedaba todo por hablar	23
Una lesbiana de tomo y lomo	27
Yo también he abortado	33
La necesidad de dar testimonio	39
Fundación 26 de diciembre	41
Gestos de reconocimiento	43



PRÓLOGO

En abril de 2018, un grupo de mujeres de Hernani organizó una iniciativa titulada Emakume hartu hitza eta ekintza [Mujer, toma la palabra y la acción], dentro de la cual se llevaron a cabo varios actos para homenajear las luchas de las mujeres del pueblo y asegurar su transmisión. Una de las homenajeadas fue Empar Pineda, quien habló y se mostró, como de costumbre, agradecida y grata hacia su lugar de nacimiento. Asimismo, fue al hilo de dicha actividad que el Consejo de Igualdad me hizo la propuesta de “recoger de algún modo la vida y obra de Empar Pineda”, y ese tipo de propuestas son difíciles de rechazar.

Empar Pineda nació en Hernani en 1941, y a partir de ahí, sus idas y venidas se han basado en el activismo y la reivindicación. Ha sido un referente para muchas, y por muchas razones: la lucha contra el franquismo, la lucha comunista, la lucha feminista, la defensa del

derecho al aborto, la libertad sexual... Quien quiera un referente, ya sabe por dónde empezar.

Sin embargo, Empar cuenta con otra cualidad: su cercanía. A finales del 2018, me acogió en su casa de Barcelona y fue francamente generosa durante nuestra entrevista. Hablamos durante largo rato, yo queriéndole sacar todo el jugo posible, y ella recordando todo como si lo estuviera viviendo en ese mismo instante. Por otra parte, puntualizó que su vida no le parece extraordinaria, y que simplemente ha hecho “lo que le pedía el cuerpo”.

El camino que la ha llevado de Hernani a Barcelona ha durado varias décadas repletas de luchas. Quien lea esta entrevista, además de viajar a través de los pormenores vitales de Empar Pineda, tendrá la oportunidad de sumergirse en diversas épocas y contextos.

Esta entrevista trata de recoger las voces, luchas y vidas de las mujeres que nos abrieron paso, y de reconocer y guardar su valor en nuestra memoria colectiva. Esperemos que las lectoras de esta entrevista la disfruten tanto como quien la realizó.

1

Del matadero

La primavera me muestra su mejor cara según llego a Barcelona. La calidez de las calles me invita a caminar hasta la casa de Empar Pineda. A los veinte minutos, Empar y yo estamos sentadas en su salón, con una infusión, al lado de una amplia ventana que deja entrar la atmósfera de las calles. Sin demasiados rodeos, me hace un gesto simpático para que empiece.

Antes de comenzar con la entrevista, le hago la pregunta que me ronda la cabeza y me da un poco de vergüenza. La verdad es que la gente cercana le llama “Amparo”, incluso “Amparito”, pero en la mayoría de lugares he leído el nombre de “Empar”, pronunciado “Ampar”. Por lo tanto, antes de nada, quiero preguntarle cómo debo llamarla. Al escuchar mi pregunta, se ríe de manera agradable. “Normal que te lles, ¡chical! En Hernani, soy Amparo o Amparito, es lógico, vaya. Pero, recién muerto Franco, en el 75 o 76, vine a vivir aquí, a Catalunya, y, entonces claro, Amparo en catalán es ‘Ampar’, escrito ‘Empar’. Así que

hay gente que me llama Ampar, otra que Empar, y gente que me llama Amparo o Amparito, en Hernani por ejemplo. Empar es una seña de acogida de esta tierra, y me gusta. Es curioso, además, que en el DNI tengo Amparo; en cambio yo firmo Empar, y sin ningún problema”.

Aclarado ese punto, le digo que la llamaré Empar, a lo que ella contesta “genial, como quieras”, ya que no tiene ningún problema de identidad con ese tema, y nos ponemos a hablar entre risas tranquilas, algo que se convertirá en habitual durante nuestra conversación.

Por algún sitio hay que empezar, y comenzamos por el principio. Si bien ha vivido gran parte de su vida fuera de Hernani, Empar Pineda mantiene una relación muy estrecha con su lugar de nacimiento. Le he preguntado por su infancia, con la intención de recoger sus recuerdos sobre la década de los 50 y hacerme una imagen de cómo era el pueblo y la vida en aquellos tiempos.

Lo primero que quiero saber es cuál es su primer recuerdo de infancia, la primera imagen. Me contesta enseguida, sin pensárselo demasiado: “Tengo muy buen recuerdo de mi infancia. Vivíamos detrás del matadero, y como mi padre era tratante y al mismo tiempo era el que organizaba la carne para la carnicería, de niña yo siempre andaba mirando cómo traían las vacas y los cerdos”. Después, me habla de la vivienda: “Vivíamos en una casa individual, no era lo que ahora se llama una villa, porque no lo era, pero teníamos una terraza muy grande y disfrutábamos mucho jugando allí”.

Sabía que tenía una relación especial con el caserío, y de hecho, me lo menciona rápidamente: “La verdad es que pasaba temporadas en el caserío, con los padres de la ama. La amona era una mujer acogedora %100, hacían una pareja divina. El aitona era enorme, grandísimo, y la amona era más bien pequeñita; parecían el punto y la i”. Se nota que Empar disfruta hablando de sus abuelos, y sé que tenía una conexión especial con el padre de su madre, así que le he preguntado por él: “El aitona, además, era mi padrino. El Patas le llamaban, era curandero, y yo le acompañaba satisfechísima”. Es evidente que tenían una relación especial, y que lo apreciaba mucho. La admiración que sentía por él se define mediante la siguiente anécdota: “Siempre hablaba en euskara, siempre; parece ser que alguien debió de reírse de él en la feria, un jueves por la tarde, allí en Hernani, cuando habló en castellano, y a partir de ahí siempre habló en euskara”. Se enorgullece al relatar la determinación de su abuelo, y vista su trayectoria, no resulta nada extraño pensar que la misma Empar haya heredado algo de él.

No recuerdo a Empar hablando en euskara, aunque de vez en cuando le he escuchado palabras sueltas y expresiones. En cambio, las veces que nos hemos encontrado en el pueblo, me ha parecido que lo entiende. Le pregunto si lo ha perdido del todo: “Pues bastante, la verdad. En casa, el aita era castellano-catalán; vivieron un tiempo en Burgos, en Salas de los Infantes, y él allí era El catalán y en Hernani El burgalés. Menos mal que nunca he tenido problemas de identidad en ese aspecto, porque sino... ¡es de volverte tarumbal!”, me cuenta, riendo. Después, pasa a analizar la compleja transmisión del idioma: “El castellano era la lengua familiar, para entendernos, pero yo recuerdo que cuando iba al médico a Donostia con la ama, tanto en la ida como en la vuelta hablábamos

en euskara, la ama siempre me hablaba en euskara. Y luego, ¿qué pasa? Que como te digo, el castellano era la lengua familiar, y al tener que irme a estudiar a Madrid, porque no había universidad pública en el País Vasco —por política directa del franquismo, para evitar que hubiera un lugar que incitara a pensar, ya que eso no era bueno—, ahí hubo una interrupción absoluta. Luego, cuando volvía de vacaciones, fue cuando se hizo el euskara batua, y mis primas-sobrinas me corregían constantemente, porque yo hablaba el euskara de antes, y ellas en seguida me decían ‘hori ez da horrela esaten!’ [eso no se dice así]. Así que, entre que me fui a vivir a Madrid y luego a Barcelona, y cuando iba lo poquito que me salía me lo corregían, he perdido prácticamente todo”.

2

Salseando en Madrid

A pesar de que hoy día vive en Barcelona, Madrid es, sin lugar a dudas, la ciudad que marcará los principios de su vida y su militancia. Pasó allí cuatro años; tuvo que irse antes de terminar la carrera. Me gustaría saber cómo vivió la llegada a la ciudad. Lo recuerda como si fuera hoy: “Tenía mi hermana mayor que vivía allí, entonces casada, y eso me facilitó el poder ir a Madrid porque tenía casa, digamos”. Aun así, la estancia no duró demasiado. “Lo de Madrid fue breve; estuve allí hasta que, por salsera, por no parar quieta, por luchar contra el franquismo y su representación del sindicato falangista en la universidad, me expulsaron de la universidad”.

Una podría pensar que Empar vivió épocas y situaciones duras, pero ella me lo cuenta todo ello con una gran sonrisa, sin un ápice de dramatismo, como si el mero recuerdo le devolviera la fuerza de aquella época. Continúa hablando, dándome los detalles de su hazaña: “Además de expulsarme, me abrieron un expediente, y no podía volver

a matricularme en Madrid. También me prohibieron matricularme en la universidad de Barcelona”. Cabría esperar que cualquiera en su situación dejaría los estudios, pero Empar no se rindió: “Entonces empezó una especie de peregrinaje por mi parte, de universidad en universidad. Fue bien curioso, porque pedí en el Ministerio los planes de estudios de mi especialidad [Filología Románica] en las distintas universidades, para ver cuál me convenía. Y me miraron como diciendo ‘pero bueno, ¿usted para qué quiere eso?’. Piensa cómo era el franquismo, ¡era sospechoso pedir algo tan increíble como eso! Para mí era elemental, y al final me dijeron ‘Lo que tiene que hacer usted es escribir a todas las facultades de las diversas universidades, solicitando el plan de estudios de Filología Románica’. Pensé, ‘¡estos están locos!’; iba a perder mucho tiempo, no es como ahora. Si me ponía a escribir, esperar las respuestas etc., ¡no me iba a poder matricular jamás!’”

Así, puso en marcha el plan B. “Como había compañeros y compañeras que les habían expedientado ya, y habían ido a Salamanca, pensé ‘pues tendré que ir yo también a Salamanca!’. Pero llego allí y me encuentro con que yo estaba ya para hacer quinto, y resulta que tenía que empezar prácticamente en primero”. No obstante, no era algo que fuera a aceptar fácilmente.

Tal como les sucedió a muchas otras personas, los estudios de Empar se vieron totalmente atravesados por el franquismo. Es magnífico comprobar el lugar que ocupan los hechos históricos en toda su biografía personal. Por ejemplo, mientras Empar se peleaba para poder terminar sus estudios de Filología Románica, se topó con otra

batalla: “Qué fortuna la mía que ese año fue el famoso referéndum* y nos dieron vacaciones para ir a votar cada cual a su pueblo. Me fui a Hernani como solía hacerlo, con el grupo que nos habíamos juntado en Salamanca, haciendo campaña por la abstención. Me acuerdo que llevaba pegatinas por la abstención y las fui pegando por todo Hernani, con tan mala fortuna que ¡a mi padre le tocó estar en la mesa! Y heme aquí, yo en casa diciendo que no pensaba votar en absoluto y mi padre me manda un alguacil para decirme que vaya. Yo, claro, le dije al alguacil que por supuesto no pensaba ir a votar, que bien lo sabía mi padre, pero de vez en cuando, me mandaba gente insistiendo en que fuera. No fui. Al final, al terminar el escrutinio, viene mi padre con el papelito de que yo había votado. Y yo ‘joder papá, si tú has hecho esto, ¡qué no habrán hecho en los demás sitios!’. Por lo tanto, aunque ya lo sabíamos de antes, me di cuenta que el referéndum no tenía fiabilidad. Entonces comprendí que mi padre lo había hecho porque era del régimen, del que fuera, pero del régimen, muy legal. Me dice: ‘Te lo van a pedir en muchos sitios, lo he hecho para que lo tengas...’. El pobre pensaba que seguro que me lo iban a pedir, y no quería que me metiera en ningún lío. Así que, aunque no hubiera votado, era como si lo hubiese hecho. Eso también era el franquismo”.

Le pregunto si, tras las vacaciones, llegó a volver a Salamanca. “Después de eso, no acabé en Salamanca, me fui a Oviedo, porque tenían el plan de estudios que más se parecía al mío y acabé los estudios, por libre pero los acabé. En mi casa, mi padre particularmente, no se creyó nunca que lo hubiera hecho; además, como no fui a recoger el título, ¡menos todavía!”

.....
* Referéndum sobre la Ley Orgánica del Estado, 1966.

Algunos años más tarde, debido a la represión que sufría una clínica donde se hacían abortos, Empar regresó a Oviedo con una compañera, y aprovechó la ocasión para recoger su titulación: “Allí estaba, en el rincón del rincón del rincón. Lo recogí y se lo mandé a mi padre, para que lo tuviera y no se preocupara más”.

Tenía veintipocos y ya había vivido en Hernani, Madrid, Salamanca y Oviedo. Le pregunto adónde fue desde la última ciudad: “Volví a Madrid y estuve allí hasta la muerte de Franco. Entonces, en la Facultad de Letras, entre unos cuantos, entre los que estaba yo, fundamos un grupo, que era la Organización Lenin. Éramos cuatro, tal cual, pero en aquella época, entre la clandestinidad y que era relativamente fácil organizar un grupo, porque juntarse ya era ilegal, pues lo montamos. Había gente que se reía y decía: ‘Vosotros? En un taxi cabéis todos!’” Lo recuerda entre risas, como es habitual en ella. De hecho, a veces, al escucharla, me olvido de la crudeza de aquellos tiempos y del peligro que conllevaba la clandestinidad. Seguidamente, repasa la historia sin alargarse mucho: “Luego, los de esa organización nos juntamos con otra gente de otros sitios del estado español, y nos transformamos en la Federación de Comunistas, la FEC que le llamábamos. Y ya con el paso del tiempo, entramos en el Movimiento Comunista [a partir de aquí, MC]”.

3

Nada de arrepentimientos

Mientras hablamos sobre alguna otra cosa, Empar menciona la cárcel como de pasada, con su tono carente de dramatismo, y sin darle ninguna importancia. Le pido que se detenga: “¿En Martutene? ¿Te refieres a la cárcel?”. Me responde como si la hubiera obligado a pararse en una anécdota no muy interesante: “Sí, sí, en la cárcel. Creo que fue después de Salamanca, no me acuerdo bien. Ya estaba fuera de Hernani, eso lo sé”. Intercambiamos miradas: ella me mira como preguntándome “¿quieres que siga?”, y yo le respondo entusiasmada, “¡por supuesto!”.

Así que sigue: “La gente de la FEC teníamos una reunión con ETA Berri, a mitad de camino, en Burgos. Nos acabábamos de juntar, como se hacía entonces, con contraseñas, periódicos y demás, y andábamos por la acera, para buscar un sitio donde poder reunirnos, y ¡zas! Se nos adelanta un tío, y nos enseña algo; yo pensaba que era que quería vendernos un reloj, y le dije ‘no, no queremos nada’, pero, quisiéramos

o no, resulta que no era un vendedor ambulante, sino uno de la brigada político-social, ‘los sociales’ que les llamábamos”.

Los detuvieron en Burgos, pero quiero saber cómo terminaron en Martutene. “Nos llevaron a comisaría allá en Burgos, y todos estaban muy raros. Les preguntábamos a ver qué pasaba, y resulta que había estado de excepción por la muerte de Melitón Manzananas. Entonces nos metieron en dos coches, tres mujeres por un lado y los chicos por otro. Mis compañeras estaban asustadas, pensando ‘estos nos llevan y nos hacen desaparecer, ¡o vete a saber!’”. Yo conocía Burgos como la palma de mi mano, porque de joven había pasado muchos veranos allí por lo que les dije: ‘no os preocupéis, que estamos en la carretera hacia Donostia’. Y efectivamente, llegamos a Donostia, y nos tuvieron en los calabozos del Gobierno Civil. Los interrogatorios fueron de todo, de todo. Sopapo va, sopapo viene, y además querían acusarnos de intentar volar la catedral de Burgos, o de intentar cargarnos al capitán general de la región militar en la que estaban Burgos y Guipúzcoa... o sea, locuras”.

No me dice cuanto tiempo pasaron detenidas, y yo tampoco se lo pregunto, ya que zanja el asunto rápidamente: “De allí, sin más protocolo, nos llevaron a Martutene. Estuvimos poco tiempo, muy poco, porque los padres de una compañera mía gestionaron el informarse de las acusaciones que hubiera, de que no había nada sustancial contra nosotros, y salimos relativamente pronto”.

Me sorprende el tono despreocupado y ligero que utiliza para contarme este último capítulo, y así se lo digo: “Al escucharte, da la

sensación de que la lucha ha sido más bonita que dura”. Me responde enseguida, con una gran sonrisa: “Sí, es así. Quiero dejar claro que, todo lo que he hecho, ¡a mí me lo ha pedido el cuerpo! Por eso me ponen mala los victimismos, porque, si volviéramos atrás con la experiencia conseguida hasta ahora (cosa que es imposible), yo me arrepentiría de muy pocas cosas; si me apuras, de ninguna”.



Primeras Jornades de la Dona de Catalunya, 1976

Empar pineda. Gorputzak hala eskatua



Empar Pineda en TVE, hablando de lesbianismo

4

Quedaba todo por hablar

En los próximos años, se metió de cabeza en el MC, y a raíz de eso volvió a trasladarse dentro de la geografía estatal; un movimiento que resultó ser crucial en su vida:

“Al poco de morirse Franco, me vengo a Catalunya por necesidades políticas de la organización del MC. Con tan buena fortuna que, en Mayo del 76, es decir, al poquito de llegar, se celebran la primeras Jornades de la Dona de Catalunya* [Jornadas Catalanas de la Mujer]. Y bueno, fue la irrupción del feminismo, ¡una pasada!”. Mira por la

.....

* Las Primeras Jornadas Catalanas de la Mujer (en catalán, Jornades Catalanes de la Dona), celebradas del 27 al 30 de mayo de 1976 en el Paraninfo de la Universidad de Barcelona, son consideradas como el momento de la eclosión en Cataluña del movimiento feminista de la llamada segunda ola (para diferenciarlo del movimiento sufragista de finales del siglo XIX y comienzos del siglo XX). En aquel encuentro, que fue uno de los primeros actos del periodo de la transición totalmente abierto a la participación ciudadana activa, se expusieron por primera vez en un foro

ventana durante un momento, como si quisiera disfrutar del recuerdo, y se pasa un ratito así; no quiero interrumpirla. Después, como si se hubiera dado cuenta de dónde estamos, echa mano de su memoria llena de fechas y detalles: “Esto vino después de 1975, el año de la mujer de la UNESCO, y es más, la preparación de las jornadas se hizo en un local de ‘Amigos de Naciones Unidas’ o algo así. Era un poco el paraguas para empezar a organizarnos”. Sin embargo, esos detalles carecen de importancia; Empar prefiere “ir al grano” y subrayar lo que supusieron las jornadas: “¡Fue una pasada! Nos juntamos 3000 mujeres para hablar de absolutamente todo, de lo habido y por haber, en el cielo y en la tierra”.

Quiero saber cómo vivió el cambio que supone pasar de una organización mixta a una en la que solo había mujeres. “El salto fue impresionante; para mí, sinceramente, fue como un antes y un después. Tan es así, que dentro de la organización mixta del MC, entre unas cuantas compañeras y yo nos organizamos internamente, que era una cosa completamente novedosa en ese momento”. Le pregunto por la reacción de la organización, pero ella le resta importancia; de todos modos, recuerda que analizaron los precedentes de otros países, para mostrar a los compañeros lo que podía pasar: “Recuerdo que sacamos la experiencia de organizaciones mixtas pertenecientes a lo que llamábamos la Izquierda Revolucionaria, en concreto una organización italiana que se había roto, hasta prácticamente desaparecer, porque no habían aceptado el hecho, y por lo tanto las consecuencias, de que la situación de las mujeres no es la misma que la de los hombres

de debate público y abierto las reivindicaciones y demandas de las mujeres después de los largos años de la dictadura.

en ninguna parte (ni siquiera en las organizaciones revolucionarias). Entonces la experiencia de esta organización nos valió para mucho, para organizarnos internamente en lo que llamábamos ‘La estructura de mujeres’. ¿Eso qué quería decir? Que militábamos en la organización mixta y a su vez en nuestra estructura, una estructura que estaba dentro de la organización pero tenía su espacio propio. Vamos, que no éramos una escisión”. Y remata con una sonrisa: “Y a mí y al resto de las compañeras nos vino estupendamente”.

Sospecho que, después de las jornadas, comenzó un camino sin retorno, es decir, el camino de la militancia feminista. Asiente: “Yo, después de las jornadas del 76, formo parte de lo que se llamaba la Coordinadora Feminista. Fue una de las decisiones que se tomó en las jornadas feministas catalanas. Entonces, imagínate, estaba en la organización del MC de Catalunya, que era mixta, en la estructura de mujeres de esa misma organización y en la coordinadora feminista... Pero teníamos un entusiasmo tan grande que dábamos para todo”.

Hago notar que yo nací y crecí en la época en la que la idea de la falsa igualdad estaba en boga, o sea, que recibí en herencia todo lo que ellas consiguieron. Pero, ¿cuáles eran las reivindicaciones y batallas del feminismo en los primeros años tras la muerte de Franco? “Nos enfrentábamos a una enorme cantidad de reivindicaciones... Todas las que quieras. En el terreno de la sexualidad, en el trabajo, en el terreno de la educación, en todo, absolutamente en todo”. Recuerda entre risas todo lo que quedaba por hacer. “Me acuerdo que hicimos una especie de abecedario con nuestras reivindicaciones, muy largo, y que, al poco de

las jornadas, hicimos campañas contra la penalización del adulterio*. La cuestión no era solo que quisiéramos despenalizarlo, que también, sino hacer ver que hasta en eso se veía la diferencia entre hombres y mujeres. Que a una mujer la acusaran de adulterio era facilísimo, bastaba casi con que saludara a otro hombre por la calle; en cambio para poder acusar a un varón, tenía que vivir con la querida. Y así en todo. También hicimos campañas contra la casi obligatoriedad de que una mujer tuviera que casarse y, como se decía, ‘dar hijos’ al varón. Era un punto de partida muy básico, ten en cuenta que la vida de las mujeres consistía en cuidar, ejercer la maternidad, las tareas domésticas...”. Nos miramos y reímos, como evitando decir en voz alta que los mandatos de la feminidad no han cambiado demasiado.

Por último, le pregunto a qué se refiere cuando habla de sexualidad: “Pues parecen cosas muy básicas, pero había que decirlas. Decíamos que la sexualidad de las mujeres ni empezaba ni acababa con la maternidad, que la sexualidad era algo propio, con la finalidad de conseguir el placer de las mujeres”. Se detiene un momento, y me comenta lo siguiente, como si fuera un aperitivo de nuestro próximo tema de conversación: “Me acuerdo que en las jornadas del 76 hablamos de lesbianismo”.

.....

* El adulterio fue delito hasta el 26 de mayo de 1978. Aquel año, en los albores de la actual democracia, se aprobó la Constitución y dicho delito fue suprimido del Código Penal. Es el devenir de la historia. Cosas que antes eran delito dejan de serlo. Fue bajo el gobierno de Adolfo Suárez, siendo ministro de Justicia Landelino Lavilla.

5

Una lesbiana de tomo y lomo

Antes de hincar el diente al lesbianismo, hacemos un parón. Por un momento, nos olvidamos de la entrevista, y Empar me pide que le hable de mí, que le cuente algo. Siempre me ha parecido legítimo pedir a la entrevistadora que dé algo de sí misma. Le cuento que formo parte de la generación que salió del armario en la década de los 2000, de aquella que, en parámetros relativos, lo tuvo “más fácil”. De todos modos, no fueron parámetros del todo fáciles. Sobre todo porque nos faltaban referentes, y no solo en las series, películas o libros, sino también en nuestra propia vida diaria, en nuestras calles y pueblos. La nuestra era una labor de investigación y arqueología, una labor de sospecha, de códigos: “¿esta será...?”. Asimismo, fue una manera de conocer y compartir un nuevo mundo. Y quizá es por eso que, en nuestras investigaciones, buscamos a nuestras antecesoras y elogiamos su valentía, mientras pensábamos en cómo debieron ser sus vidas.

Le cuento que así fue cómo la conocí, cuando supe que esa lesbiana, gran referente a nivel estatal, era del mismo pueblo que yo. Y quizá por eso quise saber cómo vivió su lesbianismo, cómo era eso de salir del armario en la década de los sesenta, y, además, qué significaba identificar el propio lesbianismo. Me escucha atentamente, pero, al mismo tiempo, no parece considerar que su experiencia sea nada del otro mundo. Le pregunto directamente si en aquella época ya estaba fuera del armario. “¡No! ¡Qué va! Me acuerdo de que nos invitaron a Madrid a algunas de la coordinadora, para hablar de cuál era la posición del movimiento feminista de Catalunya sobre el lesbianismo. Y bueno, yo lo expliqué, y a la salida se me acercan unas cuantas de la organización que nos había invitado (FLHOC, Frente de Liberación Homosexual de Castilla), y el caso es que me dicen: ‘¿Tú de qué vas? Con el plumón que tienes, ¡estar hablando como si fueras hetero de lo que piensa el movimiento feminista de Catalunya del lesbianismo!’. Y me entró una vergüenza...”. Entonces le pregunto: “Pero tú ya sabías que eras lesbiana, no?”. Retrocede en la historia: “Claro, ¡es que me he saltado esa parte! Volvamos atrás: cuando yo llego a Madrid a estudiar en la facultad de filosofía, estamos hablando del 64, que ya tenía yo 20 tacos, vi un cartelito, porque eran las elecciones al sindicato democrático, y veo un nombre de mujer y al lado escrito: ‘¡puta!’, ‘¡zorra!’, ‘¡comunista!’, no sé qué y no se cuál. Y digo yo, ‘uy, ¡a esta la tengo que conocer!’. Bueno, total que la conozco, nos hacemos amigas, y al poco de contarnos cosas de nuestra vida y demás, le cuento que yo siempre había tenido una amiga que era más amiga que el resto de las amigas. Y me dijo: ‘Mira, déjate de amigas más amigas que el resto de las amigas, ¡tú lo que eres es una lesbiana de tomo y lomo!’. Oye, ¡no sabes la alegría que me dio! Ponerle nombre a

eso que yo sentía, de que efectivamente me gustaban las mujeres, pero hasta entonces no me lo reconocía como deseo sexual...”.

Me sorprendo y alegro a partes iguales al saber que el hecho de ponerle nombre a aquello que había sentido desde siempre, sin llegar a identificarlo, la había tranquilizado en lugar de preocuparla. Siento la necesidad de echar la vista atrás, por eso le pregunto si recuerda haberse sentido atraída hacia las mujeres cuando era más joven, en Hernani. Se para a pensar un momento, y me cuenta: “Yo recuerdo que cuando iba al cole, a las alemanas, pues siempre había alguna que me gustara, que me gustara estar con ella... Pero cómo no le podía poner nombre, no lo vivía mal”.

En seguida le pregunto: “¿Pero eras muy chicozo?”. Me responde entre carcajadas: “Sí, sí, por supuesto. Fíjate que, cuando jugábamos detrás del matadero, jugábamos a eso que se solía jugar, a las familias, a los médicos... yo siempre era el médico o el padre. Y luego recuerdo que tenía una cuadrilla que era solo de chicos, ¡y yo era una marimandona que no te puedes ni imaginar! Y además, como mi padre era concejal en el ayuntamiento, ¡pues todo era mío! ¿La fuente del Leoka? Mía. ¿El lavadero? Mío. Absolutamente todo. Y los tenía a raya, ¡bien a raya! Por eso te digo que lo llevaba bien”.

Tal vez porque habla en un tono que me resulta sorprendente desde mi punto de vista actual, le vuelvo a decir que nunca le he oído hablar de sus vivencias lesbianas como si se tratara de un relato dramático. Reacciona con ímpetu: “Es más, me suele cabrear mucho cuando escucho a mujeres lesbianas de mi edad o un poco más jóvenes, diciendo

que todo era horrible siempre, con un victimismo espantoso. Me pone malísima porque, efectivamente, nos teníamos que ocultar, llevar una doble vida, pero bueno, en esa segunda vida de lesbis nos lo pasábamos bien, ¡pero que muy bien!”.

Percibo la sonrisa traviesa con la que me cuenta todo esto, y me resulta evidente que se lo pasaba bien, ¡desde luego! Volvemos a la salida del armario. “Aún con lo que me dijeron las del FLHOC, sigo en el armario durante un tiempo. Yo salí del armario, primero, en la organización, y luego en el Movimiento Feminista de Catalunya, porque había una actitud muy abierta desde ese punto de vista, que facilitaba mucho las cosas, y me dio fuerzas para seguir adelante. Tan es así que, cuando llamaban para los medios de comunicación, normalmente solía salir yo”. Menciono aquella entrevista del Interviú que se hizo tan famosa, con el siguiente titular: “Lesbiana porque sí”. A día de hoy, mientras preparo esta entrevista, todavía no he podido encontrar aquel número. Recuerda con orgullo el titular, pero me dice que ella tampoco conserva ningún ejemplar.

Después, recuerda aquella primera manifestación del año 1977*, que por aquel entonces se llamada Jornada para la Liberación de Gais y Lesbianas. Al recordar como aguantaron hasta el final de las Ramblas, se llena de emoción y orgullo.

.....
* 1977: 26 de junio: primera manifestación en Barcelona para la celebración del Día del Orgullo Gay. La marcha por las Ramblas de Barcelona reunió multitud de militantes políticos, no sólo gays y lesbianas, y sufrió la represión de los grises.

Nos tomamos un descanso, entre otras cosas, porque el móvil de Empar no para de sonar. Me dice que debe responder a una llamada, si no me importa. Se va a la cocina. Yo me quedo sola en el salón. Durante un minuto, me hipnotizo mirando a la luz que entra por la amplia ventana, y la dulzura de la situación me atrapa; me siento en casa, de un modo extraño, en el hogar que brindan las genealogías que nos atraviesan.

Para cuando vuelve Empar, he recordado una anécdota que le escuché una vez, y se lo comento tal cual: “He sabido que, para muchas, eras y eres La Lesbiana del Estado”. Me contesta con una carcajada. “¿Y tú cómo sabes eso?”; le hago un gesto travieso, encogiéndome de hombros. “Venga, cuéntamelo”. Dice así: “Un día, viviendo en Madrid, estábamos tomando un vino Cristina y yo en el barrio, en un bar que era regentado por unos gais, que no era ‘del ambiente’, pero en el que siempre había gente de la nuestra. Y estamos tomando un vino, y de repente entran unas chavalas jóvenes y veo que una le da un codazo a la otra y le dice: ‘jesa es la presidenta de las lesbianas de España!’. ¡Toma ya! ¡Sí claro, yo, de todas ellas! No solo soy la primera lesbiana, ¡sino la presidenta de todas! ¡Lo que nos reímos!”.

Me pongo en la piel de aquellas chicas, y le digo: “Creo que, para nuestra generación, sobre todo para las que hemos sido militantes feministas y lesbianas, eres de las primeras referentes documentadas o públicas que encontramos”. Me responde con la humildad de quien no necesita alabanzas: “Bueno, si tú lo dices...”. Seguimos.

Tal y como he hecho con los principios de la lucha feminista, le pregunto cuáles eran las reivindicaciones y necesidades de la lucha de las lesbianas. Antes de que yo lo diga, me cuenta que las luchas LTGBI suelen relacionarse con el derecho al matrimonio, pero tiene claro que aquello fue una cosa posterior, algo de último minuto, ya que las lesbianas tenían otras prioridades. “Lo primero y primordial era la visibilidad; ¡lo que nos costó! Bueno, aún a día de hoy la visibilidad de las lesbianas es muchísimo menor que la de los gais, ¿no?”. Le digo que sí. Continúa. “Pero no solo la visibilidad, había otras reivindicaciones tales como el hecho de no sufrir discriminaciones en el trabajo, que en las escuelas no se planteara la heterosexualidad como, digamos, lo normal, y lo otro como anormal etc. Es decir, había muchas reivindicaciones, y entre ellas, por supuesto, estaba el reconocimiento de las parejas de lesbianas, pero no como prioridad”.

Recuerda muy bien cuándo se dio cuenta de la necesidad y la importancia de dicho reconocimiento. “Nosotras, en Madrid, creamos el Colectivo de Feministas Lesbianas, y tuvimos la triste experiencia de que la pareja de una compañera del colectivo se había ido a Irlanda a estudiar inglés y murió en un accidente. Bueno, pues si la muerte fue ya de por sí muy dura, el resto fue una experiencia espantosa, porque de repente era como si la relación no hubiera existido: la familia de la que murió no le dejó absolutamente nada a la otra, ni participar en el proceso, ni un recuerdo material... nada. Entonces, claro, después de que eso sucediera, nos planteamos que aquello debía ser una reivindicación, no el matrimonio en sí mismo, sino el reconocimiento de la pareja”.

6

Yo también he abortado

Además de todo lo que ya hemos mencionado, si Empar Pineda es conocida por algo, es por su lucha a favor del derecho al aborto. Así que, tras hablar de lesbianismo, damos media vuelta, y nos metemos de lleno en una lucha que, en realidad, no está tan lejos. Le pregunto, a modo de provocación: “¿Qué hace una lesbiana defendiendo el derecho al aborto?”. Se ríe, pero seguidamente, me responde con seriedad: “Es muy curioso porque ocurre no solo aquí, ocurre en todos los lados. Por ejemplo, en América Latina, en los núcleos fuertes de lucha por el derecho al aborto, si no eran todas, la mayoría eran lesbianas”. Le digo que, efectivamente, aquí ha pasado más de lo mismo: no sé si eran mayoría o no, pero yo he conocido el movimiento a favor del derecho al aborto lleno de lesbianas. Le pregunto por qué. “Yo creo que porque tiene mucho que ver con el tema de la defensa de una sexualidad libre, sin cortapisas, basada en el deseo y con garantías para no quedarse embarazada, ¿no? Creo que, de alguna manera, eso nos llevó, o a mí particularmente me llevó, no solo a defender el derecho

al aborto, sino, al poco tiempo, a defender la libertad sexual, fuera la de las lesbianas, fuera la de las mujeres heterosexuales. Eso siempre me ha tocado muy de cerca”.

Puede que fuera eso lo que la llevó del activismo al empleo, de tal manera que terminó trabajando en la Clínica Isadora. “Eso te iba a decir: mi primer trabajo como asalariada fue en una clínica en la que, entre otras prestaciones sanitarias, el tema del aborto era fundamental. Tenía un peso enorme”. Quiero saber cómo llegó allí. “Antes, en aquella anécdota en la que fuimos a Oviedo a recoger mi título universitario, entre otras cosas, he hecho referencia a mi amiga Marisa Castro; pues no me acuerdo cómo fue, pero, un día estábamos cenando o lo que fuere, y me comentó que ella y algún médico más tenían el proyecto de hacer una clínica en la que no solo se hicieran abortos, sino que se dieran otras prestaciones sanitarias, para que las mujeres pudieran ir sin ser tachadas de ‘van a abortar’. Y me dijo Marisa Castro: ‘Cómo me gustaría que trabajaras conmigo, que fueras mi mano derecha’ y yo le respondí: ‘Yo, si voy, seré tu mano izquierda’. Hasta entonces, yo era lo que se llamaba la ‘liberada’ por la organización, pero pensé, ‘Me parece estupendo!’, y ¡allí fui!”.

Le pregunto por el tipo de labor que hacían. “Yo era un poco la mujer orquesta, hacía de todo, desde hablar con las mujeres, tranquilizarlas y atender al teléfono, hasta ir a por bolsas de sangre cuando hacía falta, o a por semen cuando venía alguna para ser inseminada, y por supuesto representar a la clínica ante las más diversas entidades y medios de comunicación. Marisa lo dejó porque su actividad política, primero como concejala del ayuntamiento, luego como diputada por el Partido

Comunista, le impedía trabajar; entonces, la representación de la clínica recayó bastante sobre mí”. Aunque fueron años difíciles, los recuerda con alegría. “Yo estaba encantada, te lo digo de verdad. Era un trabajo bonito, atendía el teléfono, y cada vez que hablaba con una mujer y le explicaba en qué consistía el trabajo de la clínica, cómo funcionaba, qué opciones había, era como si fuera la primera vez que hablase sobre el tema. Hoy en día, si tuviera que hablar sobre el aborto y tranquilizar a cualquier mujer que tuviera problemas o estuviera inquieta, sé que lo haría como si fuera el primer día”.

Seguro que, al escuchar sus palabras, mucha recordarán a Empar. Le pregunto si tiene el mente alguna anécdota, algún momento que resultara duro o especial. “Me acuerdo de una vez que estaba atendiendo a una mujer, tomándole los datos, y rompe a llorar, rota completamente, y me acuerdo de que me levante y le dije: ‘¿Qué le pasa? Si no lo ve claro, estese tranquila, no se preocupe, se va a casa, lo piensa, lo habla...’. Y me dijo que no, que lo tenía muy claro, pero que era una de las dirigentes de una organización pro-vida. Y le dije: ‘Bueno mujer, tranquila, porque a todas nos pasa, o le puede pasar a cualquiera. Y ahora puede comprender que las mujeres que vienen aquí no vienen ‘¡Hala! ¡Voy a abortar!’; en plan capricho, a la ligera. No, se lo piensan, se lo han pensado mucho, y toman una decisión por las razones que sean, tal y como ha hecho usted’. Eso me impactó mucho”.

Seguidamente le pregunto por el día a día con el movimiento contrario al derecho al aborto. “Era algo constante. Se plantaban en la puerta a diario, intentando amedrentar a las mujeres que venían, insultándolas... Y nuestro trabajo consistía en salir a defenderlas ¡pero de qué manera!

A veces era tan terrible que terminábamos llamando a la policía para que nos protegiesen”.

Efectivamente, habían pasado algunos años ya desde la ley de 1985 de Felipe González... “Sí claro, te estoy hablando de años después, del 93, pero estaban fuertes. Y lo llevábamos fatal, porque teníamos recursos muy escasos para proteger a las mujeres que venían, así que nos limitábamos a pedir a los que protestaban que hicieran el favor de marcharse. Recuerdo que una vez llegamos a la clínica y nos encontramos con que habían tirado una piedra y roto la ventana de un despacho, de noche o de madrugada. Hicimos la correspondiente denuncia, pero nada, hasta hoy”.

Me interesa saber cómo vivió, después de tantos esfuerzos, la propuesta de ley de Gallardón y el renacimiento de la lucha a favor del derecho a abortar. Analiza el tema desde varios puntos de vista: “Por una parte, está que Gallardón da una imagen de persona liberal, digamos, no de pitecántropos como el resto del PP. Y era tremendamente engañoso, porque, una vez quitada la piel de cordero, como en el caso del aborto, se vio quién era de verdad. Por lo tanto, se puede decir que esto valió para mostrar qué se escondía tras esa fachada de los liberales del PP, para ver qué pensaban en relación a los derechos de las mujeres. Por otra parte, volvimos a tomar las calles, y eso también fue positivo. Es muy difícil que una mujer que ha abortado alce la voz en los medios de comunicación etc. En cuanto a la sociedad, cada vez que se han hecho encuestas al respecto ha salido que la gente está a favor del derecho al aborto, yendo incluso más allá de lo que fue la despenalización. Así que

tenemos que ponernos también a eso, para que no digan que la opinión de la ciudadanía es otra”.



Una protesta a favor del derecho al aborto, 1983

Empar pineda. Gorputzak hala eskatua

7

La necesidad de dar testimonio

Nos tomamos un descanso, pero en lugar de detener la conversación, volvemos a intercambiar los roles de entrevistadora y entrevistada. Me pregunta qué hago, cómo es que estoy haciendo esta entrevista, qué escribo... Aprovecho para devolverle la pregunta, porque sé que ella ha escrito mucho, firmando a menudo en colectivo. Le digo: “Tú también tienes un montón de publicaciones...”. Se ríe, con esa facilidad innata para restar importancia a las cosas, pero yo insisto: “Esa faceta tuya de escritora y periodista, ¿ha sido por vocación, por trabajo o por militancia?”. Asiente. “Ha sido desde la pura militancia. Me acuerdo que lo primero que escribí fue, al volver de Nicaragua, un texto llamado ‘La revolución nicaragüense’. Luego, nosotras, que nos queremos tanto, lo hicimos todo de manera colectiva, desde el Colectivo de Feministas Lesbianas, desde aquello que queríamos contar, y nos repartíamos las tareas”.

Empar, además de a escribir, se ha dedicado a crear espacios para que otras lo hagan, y así fue cómo crearon una colección que es ya histórica: “Hablan las mujeres”. Lo recuerda de la siguiente manera: “Esta colección se creó dentro de la editorial que antes se llamaba Revolución y después Talasa, y que era una editorial del MC. Yo hacía de directora; fuimos editando diversos libros, pero yo no escribí ninguno”.

Asimismo, crearon la corriente de opinión “Otras voces feministas”, con el objetivo de valorizar la pluralidad del feminismo: “Surgió a raíz de una necesidad, porque nos parecía que se había creado una posición muy injusta contra una jueza de Barcelona por parte de un sector del feminismo, muy unilateral, completamente sectario, que aparecía ante la sociedad como El Feminismo. Eso nos llevó a reunir a muy diversas mujeres, y crear esa corriente de opinión nueva y amplia”.

Volviendo a la necesidad de la memoria, le pregunto si a día de hoy todavía le parece importante recoger las voces, vidas y experiencias de mujeres diversas. Me responde sin titubear: “Es importantísimo. Si no dejas testimonio, testimonio escrito, la aventura nuestra puede ser una aventura generacional, y ahí se queda. Por eso creo que es importante dar testimonio escrito de la experiencia que represente lo que se haya hecho o vivido. Puede ser de manera individual, en grupo, en corriente, o en coordinación de grupos, pero hay que recoger esos testimonios”.

8

Fundación 26 de diciembre

La noto cansada, y no es de extrañar, ya que llevamos un buen rato hablando. Le digo que tengo una última pregunta, y acordamos que sea así. Fijamos la vista en el presente; como ya hemos mencionado, ha pasado estos últimos años en Barcelona, y me dice que han venido aquí por el clima y el mar. “Es una buena ciudad para envejecer”, me cuenta.

De todos modos, me resulta imposible imaginar a Empar Pineda como una mujer que se retire a la vida contemplativa. Sé que, en los años anteriores a venir a Barcelona, creó la Fundación 26 de Diciembre junto con varios compañeros. “Es una iniciativa que fundamos entre tres personas, dos gais y aquí la menda. Nos preocupaba mucho el hecho de hacerse mayor, el envejecimiento de gais, lesbianas y trans. ¿Qué iba a pasar? Fue entonces cuando se nos ocurrió la idea de crear una fundación para dar salida material a este problema. Empezamos a trabajar de manera que contásemos en la fundación con personas

importantes, conocidas, y al mismo tiempo, hicimos planes en concreto de cara a materializar un espacio para llevar a cabo lo que teníamos en mente; sin embargo, sobre todo, hicimos una investigación en torno a la situación. Queríamos saber qué es lo que pasaba en las residencias de mayores, y la verdad es que era una situación espantosa: vuelta al armario después de un montón de tiempo, tener que soportar vejaciones tremendas, separación de parejas que llevaban muchos años durmiendo juntas... Son cosas que te ponen los pelos de punta. Cuando hablábamos de algo material, la idea era crear un centro que diera acogida real tanto a gais como a lesbianas, se llamara como se llamara. Es curioso que, mayormente, quienes estaban más necesitados eran los gais, porque las lesbianas, de alguna manera, siempre podían encontrar más cuidados, y no es casualidad, ya que habían tejido más redes durante su vida. Con los hombres no sucedía así, y el trato que recibían iba más allá de gritarles ‘maricón!’ y tal”.

Vino a Barcelona habiendo puesto en marcha dicha iniciativa, pero la dejó atrás, para que el proyecto siguiera su propio camino: “La verdad, no le veía sentido a figurar por figurar, nunca me ha apetecido estar en ningún sitio en plan florero, y como la distancia no me permitía actuar de manera activa, me salí, aunque los sigo apoyando, claro”.

9

Gestos de reconocimiento

Si una se pone a buscar, es fácil encontrar una buena lista de premios que reconozcan la trayectoria de Empar Pineda. Ella, como no podía ser de otra manera, no les da especial importancia a los premios en sí mismos, y me cuenta que todos y cada uno de ellos la han sorprendido. No obstante, recuerda con especial ilusión el momento y lugar en que se los han dado, y la calidez que ha sentido. “El primero fue el Gehitu de Plata, en 2012, y, a decir verdad, me sorprendió un montón. Conocía a la gente de Gehitu, y ese no me lo esperaba”.

Ese mismo año, recibió el premio anual Hernaniar Bikaina de la mano de la asociación Xalaparta. “El de Hernani ya fue la apoteosis. Pensar que una sociedad gastronómica, con el significado que tiene, ¡me dé a mí el premio! Piensas: ‘¡jo, cómo han cambiado las cosas...!’”. O cómo han tenido que cambiar, para que una sociedad de estas se plantee no solo darme un premio a mí, sino que me lo den por las razones por las que me lo dieron. Es decir, para nada escondiendo el lesbianismo, o

la lucha por la libertad sexual, sino planteando claramente que era por haber estado a lo largo de mi vida en la lucha por los derechos de las mujeres y la lucha por la liberación sexual. Cuando me lo dijeron, de verdad que pensé: ‘No me lo puedo creer, me tengo que pellizcar, no es cierto’. Y claro, la entrega y el acto fueron muy emocionantes”.

Al margen del premio de la asociación, me gustaría saber cómo vive el reconocimiento que ha otorgado Hernani a su persona mediante premios o esta misma entrevista. Duda por un momento: “Pues, ¿sabes lo que pasa? Que lo vivo contradictoriamente. Por un lado, me gusta, para qué nos vamos a engañar, creo que responde a una comprensión mutua o a un reconocimiento. Y por otro lado, no sé cómo decirte, ¡me parece exagerado! Que tampoco me merezco tanta historia... O sea, que ha sido y es mi vida, y no me parece nada extraordinario, es decir, que todo lo que hecho... ¡me lo pedía el cuerpo! Y claro, que sea Hernani, pues es emocionante, porque aunque haya vivido fuera de allí durante mucho tiempo, me siento muy hernaniarra. ¡Quizás soy una hernaniarra excesivamente reconocida!”.





Empar

Pineda Erdozia

Gorputzak hala eskatua

Kattalin Miner